

recia que no había hecho otra cosa, que poner á Paulo en circunstancias de poder obtener la mano de Laura: la madre de ésta, como hemos dicho, no queria concedérsela hasta que él no le asegurase el porvenir de su hija. Así es, que cuando Paulo fué á dar razon de su buena suerte á la casilla de su amada, se llenaron todos de gran regocijo, y se dispuso al punto el matrimonio. Paulo entrevió en él un siglo de alegría y de descanso; Laura, horas de placer y de felicidad, y el gran compositor Picoelli se complacia en su interior de haber organizado tan bien el arsenal de donde habia de salir su melodiosa artillería.

Concibió al punto el proyecto de apartar á Paulo de todo contacto humano, y acercarse él allí, para no perder nada. Tan pronto como la propiedad señoril estuvo capaz de ser habitada, se fijó allí con su hija, tan bella á los diez y ocho años como su madre.

El ilustre maestro llegó en fin al apogeo de su gloria, y la envidia calló ante una reputacion tan popular, quedándole solo el recurso de anunciar, que el gran compositor habia de caer algun dia.

IV.

La fatal prediccion comenzaba á cumplirse. Picoelli no habia descendido aún; mas ya padecia el amor propio del artista, que se

hallaba abandonado á sí mismo, para poder producir algo; guardando no obstante silencio.

No se desanima á pesar de esto. Sombrío, inquieto, atormentado por su propia insuficiencia, erraba en sus posesiones al derredor de Paulo, con la misma ansia y agitacion de un amante que acecha la mirada ó la sonrisa de una coqueta; mas era en vano.

¡Los cantos habian cesado!... Sí, habian cesado; Paulo estaba silencioso y pensativo, y Laura, á quien la tranquilidad de éste interesaba, lo conoció tan pronto como Picoelli: eso era muy natural, los dos estaban afectados de una pasion fuerte y poderosa.

Una mañana, como si el mismo sentimiento de curiosidad los hubiese reunido, Laura y Picoelli, sin haberse hablado una palabra, se encontraron cada uno al lado de Paulo, el uno en una espesura de enebros, y la otra detrás de una gruesa encina, desde donde asomaba con precaucion la cabeza, para no perder ninguno de los movimientos de su amante: Laura, bastante retirada para poder oir sus palabras, mostraba en su fisonomía una atencion mas profunda que Picoelli, el que estando mas cerca de Paulo, podia no solo verlo, sino tambien oirle.

Sentado Paulo sobre un cespced, estuvo largo tiempo sumido en una melancólica meditacion. Sus ojos andaban errantes, sin mí-

rar los ganados; sus lábios murmuraban palabras, como si se acordara de alguna cosa; despues, saca de su seno una cinta, la contempla estasiado, y la besa en seguida repetidas veces.

Al ver esto Laura, sale de su escondite, se adelanta poco á poco, llega junto á Paulo, y le arrebató con violencia la cinta de las manos; da un salto hácia atrás, cual si fuese una pantera, la arroja á sus piés con un movimiento de rabia, que no es fácil describir; saca de su seno una daga, cuya hoja hizo brillar al Sol, y parte, arrojando sobre Paulo una mirada colérica y amenazante.

Paulo, aterrorizado de pronto, respira como el hombre que libre de un peligro, lo cree venir todavía: recoge su ganado, y se vuelve con él, para entregarse enteramente, solo y sin testigos, á su amor.... ¡amor sin esperanza!

Cuando se hubieron separado el uno del otro, Picolelli alzó la cinta que Laura habia dejado caer, llevada de su cólera.

Era la cinta de su hija.

La reflexion fué grave, profunda.... mas la crisis era horrible.... Picolelli no creia que su hija correspondiese á los sentimientos del jóven audaz; mas los espía, los ve cambiarse un beso y re-

petirse un juramento; sorprende á Paulo á los piés de Genoveva, reprime su cólera, se acerca y les tiende los brazos.

Un mes despues se celebraba un magnífico casamiento en la iglesia de los dominicanos: la esposa era la bella Genoveva, hija del célebre compositor Picolelli; el esposo, Paulo, pastor ántes en las cercanías de la Solfatara.

Si alguna union dió que decir á los curiosos, fué ésta sin duda.... Un hombre tan rico, tan ilustre, cuya fama europea debia desear un príncipe, cuando ménos, para esposo de su hija, ¡darla á un pastor! Eso es muy pastoril y muy torpe á la vez.... O el maestro está loco, decian, ó su hija es culpable.

No.... ¡el pastor no volvió á cantar! Triste, taciturno, sombrío, apático, pasaba los dias enteros sin que un nuevo acento diese á conocer aquel órgano admirable, que habia sido la causa de la gloria de Picolelli.... ¡Adios modulaciones del pastor, adios triunfos del maestro!.... Ya la tristeza habia causado en el jóven una afeccion peligrosa.... Pronto iba á ser un mal de muerte, que debia abrirle la tumba....

Al salir de la iglesia Paulo y Genoveva, satisfechos con su felicidad y llenos de esperanzas é ilusiones, se precipita una muger de en medio de la multitud, aparta á los testigos, y án-

UN MAESTRO, Ó LA FAMA.

tes que brazo alguno pueda de- tenerla, se precipita sobre Paulo, y le da una puñalada.... Se intenta coger al asesino.... Pero Laura, mas veloz que el pensamiento, arranca el puñal de la herida, y se lo clava en el corazon.... se cierran sus ojos.... palidece.... Corre su sangre.... pronuncia algunas mal articuladas palabras, y muere!

¿Quién podrá pintar el dolor de Genoveva, y sobre todo, el de su padre?... Fué luego transportado el herido á su casa, y los mas eficaces socorros le fueron prodigados.... Sea que la mano de Laura, convulsa con la agitacion del furor y de los zelos, hubiera herido mal, ó que por un movimiento de Paulo se desviase el puñal del lugar del corazon, la herida fué en el cuello. Los médicos no la creyeron mortal, y se apresuraron á tranquilizar á Picoelli y su hija.

—Ningun peligro amenaza la vida de nuestro yerno, dijeron; únicamente perderá la voz.

La prediccion se realiza: Paulo sana, pero queda mudo. Picoelli no hizo mas óperas.

V.

Tres años despues salia de la capilla de los Benedictos un entierro, acompañado de todas las notabilidades artísticas:

era de uno de los hermanos de aquella órden, á quien

UN MAESTRO, Ó LA FAMA.

129

conducian á su última morada. Llegado al campo del descanso eterno, el prior tomó la palabra, y pronunció la oracion fúnebre de Fabio Picoelli, muerto en olor de santidad, despues de haber renunciado á los triunfos del teatro, y de haberlos espiado en la soledad del claustro.

La multitud se separó profundamente conmovida.

El director del teatro de San Carlos hizo levantar un espléndido monumento sobre el sepulcro de aquel compositor, con cuyas óperas se habia enriquecido.

Este cenotafio está adornado con todos los símbolos del arte; y sobre una lápida de mármol negro, que se conserva aún, se lee en letras de oro la siguiente inscripcion:

AQUI YACE

EL ILUSTRE COMPOSITOR

FABIO PICOELLI,

AUTOR DE ATALANTE,

DE LOS JUEGOS OLIMPICOS,

DEL TUTOR ENCARCELADO,

DEL MATRIMONIO DISUELTO,

DE LOS RIVALES GENEROSOS

Y DE LA BELLA NAPOLITANA.

Las óperas citadas en la tumba de Picoelli, eran precisamente aquellas cuya música habia improvisado Paulo en medio de sus meditaciones.

F. G. M.